

Un rincón en el mundo

Geografía doméstica

MARGARITA CUÉLLAR BARONA
Tusquets, Planeta, Bogotá, 2021, 133 pp.

LA CASA propia es una suerte de útero que nos contiene, nuestro rincón particular en el mundo, al decir de Gaston Bachelard, pero también puede convertirse en una cárcel. Así lo expresa Margarita Cuéllar Barona en *Geografía doméstica* con la cartografía íntima que construye. En esta novela, que en algunas páginas se viste de ensayo y de memoria, trasegamos por la vida doméstica de los objetos que rodean a la narradora todos los días. Cada apartado del libro abre compuertas para reflexiones que tocan temas cruciales, como qué significa ser mujer o madre, los vínculos familiares, el amor, la amistad y la muerte.

El confinamiento que conllevó la pandemia reciente fue el detonante de esta profunda inmersión en lo que representa el espacio de una casa. Es un viaje por la propia existencia de la narradora—que suponemos tiene mucho de la autora— y por su mirada, tejida a partir de libros, películas, ciudades y experiencias. En sus palabras, “escribo con tinta, lanas y con hilos”. No en vano, la portada es una ilustración bordada de Natalia Herrera Martínez, de una hamaca a rayas remendada que aparece en un primer plano, con un fondo tapizado de azulejos ornamentales; desde esa imagen hay un guiño a lo plasmado en la narración, que podemos leer como un “dechado” de puntadas de una mujer que interroga su cotidianidad.

El recorrido por esa poética doméstica parte de las camas. Nos despertamos con la narradora y, aún inmóviles, guardamos las sensaciones y nebulosas del mundo onírico contenido en imágenes de películas, frases de canciones y el relato de la propia vida de ella:

[...] lo que resulta más difícil de esta mal llamada cuarentena [es] el estar en confinamiento en un presente ininteligible con un futuro que se desdibuja en un mar de incertidumbres. Nos queda entonces el pasado, un pasado que revivimos y que visitamos a nuestro antojo, pero

al que le han robado la potestad de cambiar nuestro presente. (p. 19)

Desde la cama, este primer lugar del viaje, nos movemos en un mundo rico en referencias de la narradora, que da muestras de la formación en literatura y cine de Margarita Cuéllar. Luego el foco se detiene en las valijas que dirigen los pensamientos a los objetos guardados y que, a veces, se vuelven cargas por lo que contienen: algunos de ellos son “textiles repositorios de mi memoria”, que tejen una línea con recuerdos evocadores de tramas e hilos como metáforas del tiempo y de la vida. Enseguida, la atención se centra en la mesa de noche y los distintos amuletos que la pueblan: platos, piedras, figuras de animales, velas, fósforos, aceites y cremas, un diario y los libros leídos y por leer. Desfilan los nombres de muchas escritoras, como una invitación a la búsqueda incesante de los universos creados desde la experiencia de ser mujer en el mundo.

Desde la dedicatoria, Margarita Cuéllar imprime un tono de intimidad a este relato: “A las criaturas que habitan en mi casa”. Esas criaturas son el esposo y las dos hijas de la narradora, que no tienen nombre, y la mascota. No es una casualidad el hecho de que decida omitir los nombres de esos personajes; la escritora tal vez quiere distanciarse del registro más factual de la crónica o más académico del ensayo, y quizás la razón más poderosa es la centralidad de la narradora-protagonista, pues es a través de ella que conocemos ese mundo que la circunda.

Aunque no son esas hijas y ese hombre las únicas “criaturas” con las que comparte sus días de confinamiento. La casa, sus enseres, objetos y esquinas, son esenciales en *Geografía doméstica*. Para ello, Cuéllar recurre al epígrafe de Natalia Ginzburg, la escritora italiana que también es una artesana de la memoria y sus vericuetos: “Pero tal vez cualquier casa, cualquier casa podía, con el tiempo, convertirse en guarida, y acogerme en su penumbra benévola, tibia y tranquilizadora”. Esa casa se convierte en una metáfora que, a través de sus rincones, cobra vida y apela a una memoria muy sensorial y emocional.

La máquina de coser es uno de los enseres que entraña más significados

para la narradora. Le permite reflexionar sobre lo que representa el acto de coser, bordar y tejer, actividades todas que son vistas como “asuntos de mujeres”. Hace hincapié en que “texto” y “textil” provienen de *texere*, que en latín quiere decir tejer, trenzar y entrelazar; la narradora no solo teje, borda y cose con lanas, telas y paños, sino que también lo hace con palabras, imágenes y textos. Sobresale su mirada de las mujeres como las primeras contadoras de historias, y menciona la cadena de metáforas que une los dos campos semánticos: “el nudo de la historia”, “urdir la trama”, “el hilo narrativo”, “el desenlace”.

Ya me detuve en las camas y en la máquina de coser, pues son, a mi modo de ver, dos de los pasajes que revelan algunas de las claves de este libro. Pero así sucede con otros objetos que forman parte de este mapa dibujado por Cuéllar. La hamaca como un objeto raído con historia y como el lugar de la lectura y los sueños. El tocador como uno de los lugares que encierran el devenir de las mujeres y que a ella le permite pensar en los legados de sus abuelas y de su madre, con los que se identifica y desidentifica al mismo tiempo. El futón como un mueble que lleva a la narradora a evocar su vida de extranjera en Nueva York, y el momento en el que se convirtió en madre y se cubrió con un manto de tristeza. Un reloj enloquecido que no da la hora exacta y la encamina a pensar en esa alteración del tiempo durante el confinamiento: un tiempo ligado al amor, al envejecimiento del propio cuerpo, a la fecha de caducidad de la belleza de las mujeres y al punto de quiebre en el que dejan de ser deseables según la mirada enjuiciadora e implacable de los otros. La cartografía desemboca en las puertas y ventanas con toda la carga simbólica que representan para la narradora, y con la que me identifico como lectora, pues fueron la posibilidad de continuar la vida durante la pandemia: “Las ventanas son ahora las pantallas con las que nos conectamos con el mundo exterior. Son un límite seguro [...]. La puerta aún genera algo de ansiedad. Salir de casa y volver implica todo un operativo” (p. 118).

Al leer, una tras otra, las páginas de este libro, sentí que conversaba con la narradora y me dejé acompañar por

ella. Esa es la sensación cálida que logra traspasar y la invitación que les hago a quienes lean esta reseña, para que se adentren por este sendero rico en referencias textuales y cinematográficas, en sensibilidades, y exploren así la mirada íntima sobre el espacio que nos cobija todos los días.

Mariana Serrano Zalamea